

# Otra política exterior

MÁXIMO CAJAL

Urge restañar los platos rotos. Ha llegado el momento de corregir el rumbo de la proyección exterior de España. Por una vez, las políticas exterior y de defensa han desempeñado un papel crucial a la hora de decidir el resultado de unas elecciones generales. Los especialistas en la materia no habrán quedado defraudados. Su "asignatura" ha sido relevante en una coyuntura decisiva para España, pero también para Europa y, por qué no decirlo, para la comunidad internacional. Es, pues, la hora de la diplomacia y de los asuntos político-militares, cuya incidencia en las cuestiones domésticas tiene cada vez mayor relevancia. Los votantes así lo han sentenciado.

En estos días tristes, en los que da pudor celebrar cualquier acontecimiento, individual o colectivo, la prensa y las televisiones españolas y extranjeras nos han traído imágenes insospechadas. Bush, Chirac y otros jefes de Estado y de Gobierno rindiendo homenaje a las víctimas del atentado de Al Qaeda en las embajadas de España; innumerables testimonios de silencioso pesar a sus puertas; flores y velas en plazas y calles de muchas capitales. Solidaridad internacional con tanto dolor. Pero también hemos visto y leído otras cosas. Una mal disimulada satisfacción por el vuelco electoral en muchos Gobiernos, socios unos, aliados otros, o simplemente amigos. Y titulares y viñetas que, a mí al menos y más allá de las ideas políticas, me han dolido como ciudadano, porque hablan de *mentiras de Estado*, del mío, de España, y retratan al todavía presidente del Gobierno, del nuestro, como a un *Pinocho* cogido en falta. Y me duele, y me avergüenza, porque el pueblo español no merece verse encarnado en esta imagen imborrable de aquel en

quien había depositado mayoritariamente su confianza y que, siquiera sea por unas pocas semanas, sigue representándonos en los foros internacionales.

Es hora de poner en marcha otra política exterior. Pero no caigamos en el error de creer que ésta será una tarea fácil. Gestionar la pesada herencia que nos dejan será una ardua tarea, porque se trata de lidiar con países soberanos. Los unos, porque no soltarán fácilmente la presa; porque pelearán, y no sólo con uñas y dientes, por unos intereses que en buena parte hemos apuntalado con nuestra complacencia. Los otros, porque habrá que recuperar con ellos la credibilidad perdida. Y hacerlo todo con la cabeza alta, pero sin altanería, defendiendo, sin ofender, nuestras posiciones. También habrá que reconquistar la autoridad moral de que gozábamos en el sistema de Naciones Unidas, comenzando por el Consejo de Seguridad, del que todavía formamos parte, tras el bochornoso espectáculo que allí acaba de protagonizar la delegación española.

Nos dejan, no uno, sino dos terrorismo, igualmente repugnante y rechazable el uno y el otro, pero cuya erradicación requiere un tratamiento diferenciado por mucho que algunos se hayan empeñado en amalgamarlos. Nos han legado también la semilla de la división en el seno del proceso de construcción europea, alentando el euroescepticismo y el egoísmo nacional en algunos futuros socios, precisamente todo lo contrario de lo que aconseja su titu-

beante aproximación a la Unión. Alejándonos de la República Francesa y de la República Federal de Alemania, del centro neurálgico de Europa, nos han embarcado en un alineamiento incondicional con las potencias anglosajonas, convirtiéndonos en un apéndice de su estrategia global. También han desquiciado el marco conceptual en el que, no sin dificultad, España había logrado situar sus relaciones con los Estados Unidos de América; unos lazos deseables que, sin embargo, deben estar presididos por el diálogo y el respeto mutuo. Sucesivos alfilerazos han recordado a Rabat, hace apenas un par de semanas, cuál es la calidad real de nuestros tratos con Marruecos. Y solamente la cerca de docena y media de viajes de la ministra de Asuntos Exteriores a Nueva York y a Washington puede explicar cabalmente su clamorosa ausencia de los países latinoamericanos, cuyas relaciones con España, tanto bilaterales como concebidas regionalmente, han perdido el carácter autónomo y privilegiado que las caracterizaba. Y la guerra de Irak.

Pero no basta con enunciarnos los principios que deben inspirar esta otra política exterior, que ya reclamaba antes de las elecciones la inmensa mayoría de la opinión pública y la oposición al completo. El multilateralismo, frente al unilateralismo global. El respeto de la legalidad internacional que representan las Naciones Unidas. La prevención de crisis y de conflictos frente a la guerra preven-

tiva. El euro-optimismo; la fe en la Unión Europea, y la decidida voluntad de contribuir a su edificación codo con codo con los países que la comparan. La amistad con la nación árabe, y la necesidad de una mayor involucración española y europea en la solución del conflicto israelo-palestino. Una relación privilegiada y autónoma con la comunidad iberoamericana, y con todos y cada uno de sus miembros. La lucha contra la pobreza, raíz de casi todos los males. La defensa decidida en favor del respeto de los derechos humanos y de quienes los defienden sobre el terreno. Una generosa política de ayuda al desarrollo. Pero, para ser viables, todos estos principios, todas estas opciones tienen que conformar una política que solamente puede ser de Estado y que, para ello, debe estar arraigada en el más amplio consenso posible. Huyamos, desde luego, del peligroso caudillismo que late detrás de esta frase hoy tan en boga: *el consenso mata el liderazgo*.

Hay mucha tarea por delante, y a corto plazo, citas ineludibles en las que se someterá a prueba el programa electoral del Partido Socialista Obrero Español. Un par de ellas me parecen decisivas. La primera es la que decidirá el peso relativo de España en la Unión ampliada. No creo que esta cuestión pueda separarse del nuevo papel que desempeñará Madrid en el seno de la UE, donde, junto a Alemania, Bélgica y Francia, entre otros, estamos llamados a sumar, a construir. Y no a res-

tar, a destruir, actitud que traicionaba la obsesión por la minoría de bloqueo de Aznar. Tenemos que dar vida a esa espina dorsal que va del Báltico al Mediterráneo, de Varsovia a Madrid pasando por Berlín, Bruselas y París, recuperando para ello a Polonia, que en modo alguno puede quedar aislada en este proceso.

Con los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, y con Rusia y Alemania, con Chile y Brasil, y con los demás no permanentes, España debe coadyuvar a una negociación que permita a las Naciones Unidas auspiciar la resolución que legitime un nuevo estado de cosas en Irak. Todos debemos aceptar, sin embargo, dentro y fuera, que José Luis Rodríguez Zapatero también tiene que cumplir su compromiso electoral, muy anterior por cierto al jueves 11 de marzo. Cumplirlo es la primera piedra de toque de su rigor y de su credibilidad personal frente al electorado que le ha llevado a la presidencia del Gobierno de España. Es la garantía, frente a terceros, de su honestidad y de su coherencia políticas. Es una prueba decisiva para la democracia española.

En esta negociación que se avecina en el Consejo de Seguridad no pueden tomar la palabra en nombre de España los mismos que hasta ahora lo han hecho. No se puede predicar una cosa y su contrario en tan breve lapso, so pena de descrédito del país que representan. Otro tanto vale para el Consejo del Atlántico Norte. Porque, en demasiadas ocasiones, en asuntos tan delicados y con manifiesta beligerancia, unos y otros han hecho caso omiso del sabio consejo de Talleyrand: *"Surtout, pas trop de zèle"*.

Máximo Cajal es embajador de España.

La guerra. Realmente la guerra. Una guerra extraña, sin duda. Una guerra sin campo de batalla. Una guerra sin línea del frente donde estamos todos, cada uno por su parte y en su piel, una especie de frente por sí mismo. Una guerra de un tipo nuevo. Una guerra después de la guerra según Clausewitz y todos los teóricos clásicos de la guerra tradicional. Una guerra en la que, por primera vez, el adversario no pide nada, no tiene fines declarados y permanece sin rostro, inasible. Una guerra por nada. Una guerra nihilista. Pero una guerra, al fin y al cabo. ¿Quién puede dudar hoy que estamos, más que nunca, y sin haberlo querido, en guerra? ¿Quién puede ignorar que esta guerra aún no ha llegado a los extremos de su lógica, de sus armas virtuales?

Europa. Eran numerosos los que, en Europa, pensaron que el 11-S era una guerra estadounidense que no nos concernía más que de lejos. Pues bien, error, evidentemente. Terrible y burdo error. Era con la democracia, y no con Estados Unidos, con quien la había tomado Al Qaeda. O más bien con Estados Unidos, sí, pero en cuanto símbolo del sueño, de la civilización, de los democráticos. Hoy, esta *vieja Europa* que en opinión de los terroristas no es más que la otra cara de la "noticia". Europa, para Al Qae-

da, es Estados Unidos, pero más frágil. Londres, Milán, París, son Nueva York, la misma Nueva York, aunque aún más abierta y, por lo tanto, más vulnerable. Por eso los europeos están hoy en el corazón de la tormenta terrorista. Por eso el próximo atentado tendrá lugar probablemente no en Jerusalén o Boston, sino en una de las grandes ciudades de Europa.

Irak. Otro error. Otra añagaza. Y para los listillos que unos días después se tranquilizaban repitiendo "todo esto son las consecuencias de la guerra de Irak; Aznar no ha hecho más que pagar su postura de lacayo de Bush en la guerra de Irak"; para el *munichismo* espontáneo de quienes se frotaban las manos pensando "Europa, de acuerdo. Pero hay Europa y Europa. Qué inspirados estuvimos al mantenernos al margen de la aventura", feos sorpresas en perspectiva. Por mi parte, yo no he cambiado de opinión sobre el in-

menso absurdo que fue esta guerra de Irak. Pero esto, no hay que cansarse de repetirlo, no tiene relación con eso. Y, habiendo estudiado un poco la retórica y el funcionamiento de Al Qaeda, habiendo observado de cerca algunas secuencias de su historia más reciente, no creo equivocarme al afirmar que igual que la organización de Bin Laden no hace distinciones entre la vieja y la nueva Europa, del mismo modo no distingue, y no distinguirá, entre Europa "dura" y Europa "blanda", entre la Europa "americanizada" y la que, en Irak, tomó el partido de la "paz". La apuesta de la historia no es Irak, sino "los judíos y los cruzados". El problema de este nuevo terrorismo por franquicias de Al Qaeda es golpear a Europa, sin hacer diferencias, no importa dónde, en los lugares y fechas en que parezca menos difícil.

¿Los blancos? Lo que demuestra este 11-S madrileño es

que ya no hay, en este asunto, verdaderos blancos. El antiguo terrorismo estaba dirigido contra hombres. Instituciones. Lugares que son símbolos más o menos elocuentes. Hasta el 11-S neoyorquino, del que se podía pensar aún, con las Torres Gemelas, que apuntaba al símbolo de un capitalismo en su apogeo. En Madrid, trenes de cercanías. Es decir, a todos y a ninguno. Hombres sin importancia colectiva ni cualidades. Golpear a bulto. Es decir, en cierto modo, en el vacío. O en el vacío, en todo caso, de lo que antes se llamaba ideología. Un terrorismo sin palabras. Sin mensaje. Un terrorismo del que se sabía que ya no era, como antes, la emanación directa de tal o cual Estado, pero del que se descubre, simétricamente, que la ha tomado no ya con los Estados, sino con los pueblos, con la pobre gente, en su atroz indistinción. Puede que esto sea, hablando con propiedad, terrorismo de masas. En to-

do caso, ahí está, sin duda, la otra novedad del acontecimiento. ¿Un terrorismo ciego, entonces? Sí, si con ello se entiende esa ceguera hacia la especificidad de los blancos. Pero no, desde luego, si por ciego se entiende sin inteligencia ni cálculo, sometido al puro capricho de la pura irracionalidad. El hecho, por ejemplo, de que sea el primer atentado de este tipo tan racionalizado como para no necesitar, según parece, *kamikazes*... La elección de la fecha del 11 de marzo, exactamente 911 días después del 11 de septiembre: 911 como 9-11; 911, es decir, *nine eleven*... O bien el hecho —de nuevo la fecha— de que se haya elegido, para esta masacre, la víspera de unas elecciones generales: sin duda, Aznar cometió el error de tomar a los españoles por ingenuos y quizá no habría perdido si no hubiera mentido. Queda la irrupción de Al Qaeda en las elecciones; queda la novedad que supone, para una organización pos política, haber adquirido esta comprensión de la política del adversario. Hasta ahora nos maravillábamos de ver a Bin Laden forzando el desplome de los mercados financieros; quizá debamos hacernos a la idea de que también puede pesar en los escrutinios. Y así sucesivamente.

Bernard-Henri Lévy es filósofo francés.

Traducción de News Clips.

# Primeras lecciones de Madrid

BERNARD-HENRI LÉVY